

## El viajero

Julio estaba esperando en la parada del autobús desde hacía cierto tiempo. Pero en realidad no le importaba, no tenía prisa, y su música le hacía compañía. Sumergido en sus pensamientos, no vio que le hacían señas.

Un hombre se acercaba y parecía querer hacerle una pregunta. Vestía de forma bastante extraña. Llevaba una camisa de dudosa pulcritud y su pajarita estaba deshecha. Llevaba una chaqueta de algodón y pantalones del mismo género. Sus zapatos de cuero estaban muy gastados. Julio se quitó uno de los auriculares.

—¡Hola! ¿Es la parada de autobús? Quiero ir a la tienda de antigüedades de Caremillo.

—Sí. El bus pasa dentro de diez minutos.

—¡Gracias! No estaba seguro, todo esto es un poco nuevo para mí. Me llamo Diego, encantado de conocerle.

Como no quería continuar la discusión, Julio asintió y volvió a colocarse el auricular para indicar que la discusión había acabado. Sin embargo, el hombre no parecía haber terminado. Se sentó a su lado y empezó a hablar.

—Sabe que no era así en mi época. Todavía no me he acostumbrado. Todo es nuevo para mí. Aunque molesto, Julio no quería parecer maleducado así que retiró de nuevo el auricular y esbozó una sonrisa forzada.

—¿Qué es esto que está usando?— preguntó Diego, examinando el teléfono. Nunca he visto nada igual.

Julio le lanzó una mirada de incompreensión. ¿Quién era este hombre que no sabía lo que era un teléfono? ¿Y cómo no se dio cuenta de que no quería hablar con él? Suspiró y decidió que se limitaría a responder lo más brevemente posible y, con suerte, el desconocido dejaría de hablarle.

—Es un teléfono— explicó condescendentemente—. Puedes llamar a alguien o enviarle mensajes; también puedes escuchar música, hacer fotos o buscar información en Internet.

—¿Un teléfono?— dijo Diego. ¡Pero es tan pequeño! ¿Y me dice que también puede escuchar música y hacer fotos? ¿Y qué es *Intarniet*? El futuro es realmente muy interesante, es increíble.

El futuro había dicho.

Era demasiado tarde para ignorarlo y decidió que lo mejor era fingir interés hasta que llegara el autobús.

—Sabe, acabo de llegar de Francia. Voy a Caremillo a dejar esto en un lugar muy especial.

Sacó de su bolsillo un pequeño trozo de tela floral doblada y de ella una llave y una fotografía en blanco y negro rota casi por la mitad donde podía verse a un hombre joven de pelo moreno sonriendo. La llave parecía incompleta, como si hubiera sido partida.

—Veo que le intriga la llave. Es única. Abre una caja que contiene algo muy importante para mí, y eso sólo puede hacerse juntando su otra mitad. Con la guerra cada vez más próxima...

—¿Guerra?— preguntó Julio.

—La guerra contra los nacionalistas. Contra el general Franco. Está ganando terreno en el sur, pero estoy seguro de que podremos detenerlo. España es fuerte, conseguiremos frenar a los fascistas. ¡El pueblo triunfará!

—¿Habla de la guerra civil que ocurrió hace más de 80 años? ¡Se está burlando de mí!

—Para la gente tal vez la guerra haya terminado, pero... no estoy loco, a pesar de lo que piensan muchos.

El hombre dejó de hablar unos instantes antes de continuar.

–Pensaba que podíamos evitar la guerra. Mi hermano también y me siguió. Es él en la foto y es él el que escondió la otra parte de la llave en una caja con una flor dibujada que se encuentra en la tienda de Caramillo.

Julio, lleno de dudas, lo escuchaba y pensaba: ¿Y si este hombre fuese realmente un soldado republicano? Un hombre del pasado venido a hacer algo especial antes de volver a su tiempo. En ese momento, se oyó la sirena de una ambulancia. Llegaba lanzada y se detuvo delante de ellos.

–Señor De la Vega. Lo hemos buscado por todas partes– dijo un tipo que parecía ser enfermero –¿Cómo ha escapado esta vez?

El conductor, dirigiéndose a Julio, dijo:

–Lo siento joven, el Señor De la Vega tiene la mala costumbre de escapar del hospital psiquiátrico y contar a quien quiere escucharlo que viene del pasado.

Hospital psiquiátrico. ¿Cómo podía haber empezado a creer lo que aquel hombre le había contado? ¿Cómo podía ser tan ingenuo? ¡Estaba loco! Como si el viaje en el tiempo fuera posible. Julio se sintió tonto, tonto de haber tenido la más mínima duda sobre la veracidad de su historia.

Diego, ya entrando en la ambulancia, le miró sonriendo y dejó caer el pequeño trozo de tela que contenía la llave y la fotografía sin que los enfermeros lo vieran.

–Es posible que yo no pueda volver, pero tu puedes encontrarlo... –dijo al cerrar la puerta.

El autobús llegó dos minutos después.

¿Qué debía hacer ahora con la llave? ¿Olvidar esta historia y deshacerse de ella?

Una parte de él, a pesar de las evidencias, tenía ganas de creer en lo increíble. Sabía que no podría estar seguro hasta ir a la tienda. Y así lo hizo.

Entró, pero no había nadie. Miró a su alrededor y vio en una repisa una lata con el dibujo de flor. La levantó y debajo encontró la otra mitad de la llave. Sacó del bolsillo la que ya tenía y cuando las puso una contra otra encajaron perfectamente.

–¿Hay alguien ahí?– dijo una voz.

Julio se dio la vuelta precipitadamente. Un hombre viejo apareció detrás del mostrador. Llevaba gafas tan grandes que parecían lupas.

–¿Puedo ayudarle, joven? preguntó con una voz temblorosa.

–Hola señor, estoy buscando una caja... con una flor en la tapa– añadió.

–¿Una caja con un dibujo de flor?... Debo tener varias.

–Me parece que la que busco es ésta.– y mostró la caja.

–Esta caja esta aquí desde hace mucho tiempo. Nadie ha encontrado la llave para abrirla. Pero mi padre siempre me decía que un día alguien vendría a buscarla.

La incomprensión y la emoción de Julio eran totales. Metió la llave en la cerradura y al girar hizo un pequeño clic.

En el fondo de la caja sólo había dos cosas. Una fotografía rota y un reloj de bolsillo de oro con una inscripción y una fecha. " Diego, en la bandera de la Libertad bordé el amor más grande de mi vida. 1939".

La foto rota era la otra parte de la que sostenía en la tela. El segundo hombre de la foto era exactamente igual que Diego.